

comprenderá cualquiera que haya trabajado con historias reales, tratar este material tan rico y detallado requiere un gran esfuerzo. Se tardará tiempo en procesar la calidad y los resultados significativos. En la actualidad, un equipo de cuatro personas está leyendo y revisando los testimonios con la intención de hacer una selección de historias reales y extractos para su publicación. Se contratará a un editor colombiano para producir un libro basado en las

entrevistas, dirigido a un público nacional e internacional. El IDMC se dedicará a publicar las entrevistas en su página web² para su público internacional más relevante: organismos de la ONU y otras organizaciones humanitarias, gobiernos (departamentos de refugiados y de asilo), el ejército, académicos e investigadores.

Siobhan Warrington (otp@panos.org.uk) dirige el Programa de Testimonios Orales de Panos (www.panos.org.uk/global/program_news.asp?ID=1004).

Anne-Sophie Lois (anne-sophie.lois@nrc.ch) es la coordinadora de Relaciones Externas del IDMC.

1. Véase Manuel José Cepeda-Espinosa. '¿Hasta dónde debe llegar el Tribunal Constitucional de Colombia para proteger los derechos de los desplazados internos?' RMF Edición Especial, diciembre de 2006, www.fmreview.org/FMRpdfs/BrookingsSpecial/full.pdf
2. www.internal-displacement.org

Bienestar global: ¿sueño o realidad?

por John Mitchell y Hugo Slim

Jan Egeland, el coordinador saliente de ayuda de emergencia de la ONU, ha hecho un llamamiento para que se cree un “sistema humanitario que pueda responder de forma fiable, efectiva y eficaz en cualquier situación de emergencia (...) la asistencia humanitaria debe ser la responsabilidad de todas las naciones para el beneficio de todas las naciones”.

¿Está el mundo a punto de instaurar una forma básica de bienestar global para todos aquellos que se ven afectados por las guerras y los desastres naturales? ¿O acaso la idea de un bienestar global eficaz y justo es un imposible en un mundo de potencias políticas competidoras, de grandes intereses absolutos e inminentes crisis ambientales donde la supervivencia del grupo, y no el altruismo, puede convertirse en la norma?

¿Cómo estamos progresando en las reformas de las políticas y en la práctica de la acción humanitaria? Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero una indicación relevante nos la proporciona el material evaluativo elaborado por la Red de Aprendizaje Activo para Responsabilidad y Rendimiento (ALNAP, por sus siglas en inglés). ALNAP es una organización social, formada por la ONU, la Cruz Roja/Media Luna Roja, gobiernos y ONG, consultores independientes e institutos académicos y de investigación. Durante los últimos cinco años, ALNAP ha examinado una muestra de las evaluaciones de las organizaciones para medir el progreso de la acción humanitaria.¹

Nuestra última Revista de Acción Humanitaria (RHA, por sus siglas en inglés)² echa la mirada atrás y estudia los avances desde 2001. Los descubrimientos de la RHA sugieren que el bienestar global todavía se encuentra lejos de ser una realidad. A pesar de su extraordinario

alcance global, el sistema formal humanitario es, en esencia, el esfuerzo combinado de alrededor de veinte Estados occidentales que financian y ayudan a los organismos para que éstos lleven a cabo la mayor parte de las acciones humanitarias del mundo. Éste no es un esfuerzo internacional con bases repartidas ni cuenta con una participación de la mayoría de los Estados. Se trata de un nicho occidental. Dos de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU –Rusia y China– recelan de los sistemas occidentales y prefieren desarrollar su propio plan, o no hacer nada, frente a las guerras y los desastres. Los principales Estados e instituciones benéficas islámicos prefieren trabajar de forma bilateral y parcial, sobre todo en entornos musulmanes concretos. Los sistemas locales e informales –las remesas de las migraciones y las instituciones locales de la sociedad civil– pueden ser de extrema importancia, pero, a menudo, los sistemas occidentales las pasan por alto.

Aunque recibe bastante cobertura y trabaja con la autoridad de la ONU, el sistema formal occidental puede ser un instrumento bastante burdo, selectivo e insensible. Suele centrarse, preferentemente, en guerras estratégicas y su perspectiva puede estar condicionada en gran medida por la pasión popular: de ahí la enorme desproporción entre la respuesta dada al sufrimiento a causa del tsunami y la dada a la guerra en la República Democrática del Congo. El

sistema no tiene ninguna medida objetiva humanitaria de la necesidad o prioridad. Por lo tanto, la política del sistema continúa siendo profundamente problemática.

También funciona así la praxis de los organismos. Si bien existen muchas iniciativas distintas para intentar que el sistema funcione mejor sobre el terreno, aún hay problemas de buena praxis. Algunos sectores, como la ayuda alimentaria, tienen demasiados voluntarios mientras otros, como el asilo, el agua, la gestión de los campamentos y la protección disponen de pocos recursos o no son comprendidos en su totalidad. Complejas áreas interdisciplinarias, como la subsistencia y la recuperación, permanecen difusas.

Tampoco son el sistema y sus muchos organismos buenos aprendices. Hoy en día, se realizan más evaluaciones del trabajo humanitario que nunca, pero muy pocas veces se utilizan de manera adecuada; o se realizan de forma mecánica para rendir cuentas a los donantes o no son fáciles de usar. La mayoría no emplean un proceso de aprendizaje que fomente la reflexión a medida que se va avanzando, ni están diseñadas para que sus hallazgos sean asumidos por los grupos destinatarios específicos, las cuales podrían provocar un auténtico cambio.

Por lo tanto, aún quedan verdaderos retos. Pero también hay increíbles oportunidades. Los sistemas formales e informales son más grandes y más conscientes de sí mismos que nunca. El ideal de un bienestar global final es un objetivo importante a largo plazo y podría ser amplificado de manera más explícita por un abanico más amplio de movimientos sociales.

La Revista de Acción Humanitaria de este año recomienda que el sistema identifique diez objetivos clave para el progreso humanitario –algunos políticos y algunos prácticos– sobre los que todos se puedan poner de acuerdo y que puedan ser objeto de seguimiento por un Panel de Alto Nivel de Rendimiento

de la Asistencia Humanitaria. De este modo, en el futuro, quizás tengamos más claro hacia dónde nos dirigimos y cuáles son nuestros progresos en el sistema de ayuda humanitaria.

John Mitchell (j.mitchell@odi.org.uk) es el Director de ALNAP www.odi.org.

uk/alnap. Hugo Slim (slim@hdcentre.org) es Investigador Jefe del Centro para el Diálogo Humanitario www.hdcentre.org en Ginebra, Suiza.

1. Se puede encontrar nuestra Base de Datos de Informes de Evaluación en www.alnap.org/resources/erd/erd.htm
2. www.alnap.org/publications/rha.htm

Los sueños rotos de los refugiados sudaneses en El Cairo

por Hala W. Mahmoud

Al menos 28 sudaneses murieron en diciembre de 2005 cuando la policía antidisturbios egipcia dispersó violentamente una sentada cerca de las oficinas del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en El Cairo. Un año después, los responsables de esa violación de los derechos humanos aún no han sido llamados para responder de sus acciones y algunos refugiados continúan desaparecidos.

Los 30.000 sudaneses registrados en ACNUR en El Cairo son una mínima parte de la amplia población de sudaneses residentes en la capital egipcia.¹ En junio de 2004, ACNUR consideró que la firma del Acuerdo Integral de Paz entre el gobierno de Sudán y el Movimiento de Liberación Popular de Sudán² permitía a los sudaneses del sur retornar con seguridad. Por lo tanto, el organismo decidió otorgar a todos los solicitantes sudaneses de asilo protección temporal, en vez de estudiar los expedientes individualmente y considerarlos refugiados, tal y como había sido la práctica habitual en los nueve años anteriores.

La pregunta básica sobre quién es responsable último del bienestar de los sudaneses y de otros refugiados en Egipto era y sigue siendo confusa. Desde hace tiempo, los sudaneses han exigido el fin de las detenciones arbitrarias y han protestado contra el racismo por parte de Egipto. La responsabilidad legal principal sobre tales cuestiones recae en el gobierno egipcio y no sobre ACNUR. El gobierno egipcio no tiene ningún mecanismo oficial con el que dar una respuesta a las preocupaciones de los refugiados. Por lo tanto, los manifestantes no tenían más remedio que exponer sus preocupaciones ante ACNUR.

Haciendo frente a unas condiciones de vida insoportables y sin tener otra opción, en septiembre de 2005, los refugiados sudaneses organizaron una sentada pacífica para protestar por la decisión de ACNUR y manifestar su deseo de ser reasentados y no repatriados. ACNUR constató que la mayoría de las exigencias de los manifestantes no estaban bajo su control. Tras tolerarla inicialmente, las autoridades egipcias dispersaron de forma violenta la protesta, matando a un número desconocido de personas y arrestando alrededor de 650 sudaneses que fueron llevados a varios campos militares y prisiones. La protesta y sus secuelas fueron muy traumáticas, ya que familias enteras se vieron separadas y algunos niños quedaron huérfanos. ACNUR trató de evitar su deportación y los últimos manifestantes fueron liberados en febrero de 2006.

Tras un año, poco ha cambiado. La tragedia atrajo el interés de los medios de comunicación y de las organizaciones de derechos humanos, pero los refugiados recibieron poca ayuda financiera o apoyo psicológico. Los sudaneses siguen soportando duras condiciones de vida y frustraciones diarias en El Cairo. Egipto ha firmado la Convención de 1951 de la ONU y la Convención de 1969 de la Organización de Unidad Africana (OUA), pero continúa

sin proporcionar a los refugiados sudaneses el derecho a la educación, la asistencia sanitaria y la protección que consagran estas convenciones. ACNUR, por su parte, no ha investigado el paradero de los desaparecidos tras la disolución de la sentada. Rara vez se da una respuesta a las consultas sobre el estado de las solicitudes de los refugiados. ACNUR ha de mejorar las comunicaciones con los sudaneses en El Cairo y ser más transparente y compasivo. Si se celebraran reuniones públicas periódicas, se aclararían el papel y las responsabilidades de ACNUR, lo que ayudaría a contrarrestar los rumores que a menudo se extienden por la comunidad.

Se podría hacer mucho más para que la prolongada estancia de los refugiados en Egipto fuese más llevadera. Egipto y ACNUR deberían atender a aquellos refugiados que reclaman el establecimiento de campos de refugiados organizados donde puedan suministrarse servicios y estén protegidos de la explotación y del racismo. La comunidad internacional podría proporcionar respaldo para esos refugiados sudaneses, formados y entusiastas, que desean emprender programas para la comunidad.

Hala W. Mahmoud, (hwm21@cam.ac.uk), doctorando en la Universidad de Cambridge, pasó más de dos años investigando la comunidad de refugiados sudaneses en El Cairo.

Para obtener más información, véase www.rsdwatch.org/index_files/Page4070.htm

1. Ghazaleh, P. 'En el limbo del expediente cerrado: sudaneses desplazados en chabolas de El Cairo', RMF16, www.fmreview.org/FMRpdfs/FMR16/fmr16.8.pdf
2. Véase RMF24, Sudán: perspectivas de paz, www.migracionesforzadas.org/pdf/RMF24/RMF24.pdf